

Las dos mitades

No trato doctrinar sobre el tema, porque necesito más recibir que, dar instrucciones o enseñanzas: pero sí quiero hacer algunas consideraciones, que bien lo merecen.

En física está el principio básico de que «No hay efecto sin causa». Pues bien, aplicando este principio a nuestro caso, veremos cómo los efectos de nuestro Movimiento Nacional, encarnado esencialmente en la Falange, son virtualmente los únicos capaces de enderezar las torcidas líneas de pasadas generaciones y desterrar para siempre aquellas vergonzosas y degradantes conductas, envilecimientos y corrupciones de los gobernantes, más atentos siempre a sus egoísmos personales y privilegios de casta, que a los comunes intereses, siempre sagrados, de la comunidad nacional, o aquellos otros, tan parciales o más que los anteriores, que al dar rienda suelta a los instintos sanguinarios de unos desalmados, sin vestigio de humanidad ni raciocinio, asolaron nuestro suelo patrio.

Digo, pues, que, el Movimiento Nacional vino a desterrar estas viejas y caducas formas de gobierno en nuestra Nación, creando una nueva política al servicio de los intereses nacionales, para su engrandecimiento, pero no como un partido político más, sino como Movimiento Nacional. Esto, muchos no lo comprenden todavía.

Decía que, estos eran los efectos, y naturalmente, no pueden ser otros, teniendo en cuenta la causa de donde proceden. El Falangista, alma y vida de este Movimiento Nacional, está formado o constituido por mitad Monje y mitad Soldado, y de esta conjunción, la resultante es Falangista.

Luego si analizamos separadamente cada una de estas mitades vemos que, el monje en una de sus principales acepciones, es individuo de una Comunidad Religiosa, y decir religioso, es ser fiel y exacto en el cumplimiento del deber: es, ser prudente, moderado, noble, etc. y esto unido a las cualidades de soldado, que es decir valor, disciplina, sacrificio, honor, lealtad vigilante del patrimonio y soberanía nacional, etc., se engendra el falangismo que es, resumen y compendio, fusión en una misma persona de las excelentes cualidades que a cada uno de los dos sustantivos dichos, les caracteriza independientemente.

Por eso es por lo que, la Falange es una nueva forma de pensar, de obrar, de ser, y naturalmente bastantes no la comprenden, censurándola y atacándola.

Estoy seguro que, si tales se detuvieran a estudiarla, desentrañando su verdadero significado, ideal y meta, no solo no estarían enfrente, sino engrosando sus filas en haz apretado, como dijo su siempre presente fundador, José Antonio, en fechas memora-

bles para todos, cuando el fantasmal proceso populachero».

Por eso, cuando se habla del estilo falangista, estilo nuevo resultante de la fusión de mitad Monje, mitad Soldado, no lo entienden: no saben discurrir más que por los viejos cauces del politicastro trasnochado a la usanza, un tanto arraigado, y no aciertan a comprender, aún muchos de dentro,—y esto es lo peor,— el sistema de nuestro Movimiento

Bien claramente nos ha dicho una vez más nuestro Jefe Nacional. «Al Mundo—ha dicho recientemente Franco—se le quedó el traje viejo y anticuado.—Aquí en España, hemos cortado uno nuevo, para nosotros al realizar esta Revolución Nacional, creando una nueva política al servicio de la comunidad, para el pueblo, para la unidad de los españoles y la grandeza de la Patria, que es nuestra propia grandeza».

¿No es elecuentísima la definición de nuestra Revolución, de nuestro Movimiento Nacional?. ¿No está condensado aquí el romper los viejos moldes de la política pasada de palabrería vana, muy pomposa y llena de promesas, pero exenta total de realidades?

Por tanto, camaradas, el ser Falangista—pero de verdad, no de boca—sino de ciencia y conciencia de lo que ello representa, es obligarse a ser el mejor en todas las circunstancias, en todos los momentos, en todas las vicisitudes, en la manera de pensar, de obrar, de ser. Es obligarse a cumplir, mejor que los demás, para que tomen ejemplo, las obligaciones sociales, morales, religiosas, respetando al prójimo y atrayéndole con el ejemplo, como San Francisco, sin alharacas, sin remilgos, sin jactancias ni presunciones altisonantes y de mal gusto, porque desprecian y porque precisamente ahí, en el silencio, en el bien obrar, es donde radica la virtud y el mérito, pues que desde el momento que se van pregonando y declamando los méritos propios, a guisa de presentación de factura, en la misma medida van depreciándose y perdiendo su alto significado: es el laborar diario en pro de una España mejor, cada uno en su esfera, con constante afán de superación, sin desalientos, retrocesos ni desvíos, porque nuestro Movimiento Nacional es eso, movimiento, y no hay que detenerse a contemplar lo hecho, porque esto se descubre al ver lo que falta, ya que en tal caso, rompemos nuestra propia aspiración de Movimiento.

El Falangista, para terminar, ha de ser de tal manera que sus efectos no desmerezcan de la causa de que proceden, procurando la atracción de los demás, haciendo ver en nosotros no la razón de la fuerza, sino la fuerza de la razón, con nuestra conducta ejemplar, intachable, leal, franca y decidida.

¡ARRIBA ESPAÑA!!